

Quince años después
(versión española del propio autor del original latino)

A Encarni y Alba

No quisiera empezar este artículo sin antes confesar que aquello que descubrí con veintitrés años fue mucho más útil al menos para mí que lo que lo que recibí durante cinco de universidad. Y no soy seguidor de esos que quieren destruirla, al contrario, la aprecio tanto que desearía que perdurase como un monumento eterno a la razón, como asidero para la humanidad. No obstante del mismo modo que se pueden señalar las imperfecciones de un cuerpo, pero al mismo tiempo en su totalidad puede alabarse, ya que una parte o varias no pueden ensuciar un conjunto de tantísima belleza, así quisiera mostrarme en este aspecto.

Se me viene a la mente mi propia imagen frente al ordenador mientras leía el artículo de Carlos Martínez Aguirre sopesando sus palabras y sorprendiéndome tremendamente porque aquello a lo que quería entregar mi vida con dieciséis años parecía ser algo absurdo y vacío. Había estado pensando durante mucho tiempo qué haría en la vida. No poco había discutido conmigo mismo sobre si estudiaría Historia, Inglés o sería maestro en una escuela. Al fin un día encontré de casualidad las lenguas latina y griega y una vez las descubrí no me gustó ninguna otra cosa más. Sin embargo, después de leer aquel artículo, me inquieté y me puse muy triste porque, aunque a un adolescente todavía se le podían escapar la mayor parte de las controversias filológicas allí contenidas, empezaba ya a sospechar que estaba ante una [gran estafa](#) como decía el propio Carlos. Añádase a esto que a alguien que experimenta cierta zozobra, cualquier miedo, incluso el más pequeño que se sienta, como la chispa que provoca un gran incendio, le preocupa sobremanera.

Pero, ¿qué es lo que tan valientemente decía Carlos como para que a mi yo adolescente le hiciera apartarse de sus planes fríamente sopesados? ¿Piensas, lector, que me producía rechazo porque había pocas posibilidades de ejercer un trabajo o porque cada vez menos padres y alumnos elegían las asignaturas clásicas o porque las autoridades estatales hasta tal punto las oprimieran y menospreciaran, que en pocos años no hubiera ningún lugar donde estudiar dichas lenguas? Más bien algo mucho peor que todo eso ¿De qué se trataba? Los métodos de enseñanza del latín y del griego eran pésimos. En un primer momento me tocaron la frustración de Carlos y sobre todo su deseo de leer, pero esto, claro, era algo imposible con unos áridos métodos de aprendizaje que conducían a un callejón sin salida. Partiendo de este artículo caí en otro que había sido escrito por [Miraglia](#) doce años atrás. Así mientras leía este artículo me sorprendí tanto (para bien) que con dificultad podía creer lo que estaba leyendo con mis propios ojos. “Estás soñando, Raúl” me dije yo mismo. Pero no era un sueño. Y entonces alegre tras la lectura de mi segundo artículo se fraguó en mi interior un deseo: quería aprender latín usando la metodología de Orberg. Con el permiso paterno encargué los libros de aquel famoso danés, los cuales aún poseo con una pasta anaranjada, bajo mi punto de vista de entonces preciosa. Empecé a leerlo con dieciséis años y al principio pude entenderlo todo en latín ¿Qué ocurrió llegado a cierto punto? Al ser alumno de primer año de bachillerato y estar imbuido en las tradiciones filológicas que se cultivaban en mi instituto y, como mi maestro danés, por desgracia, no podía supervisarme, después de desatender por completo el cuadernillo de ejercicios empecé a traducir los capítulos. Alguien podría decirme: “¡Oh nefando y execrable atropello! Sin duda hoy en día sería el hazmerreír de todo el mundo, pero en el aquel momento para un alumno autodidacta esto parecía la mejor y la más evidente recomendación. Finalmente -lo confieso- no lo traduje todo, sino más bien casi medio, no obstante podía escribir algunas cosas en latín y estaba aprobando los exámenes en el instituto sin ninguna dificultad. Una vez superada la prueba de Selectividad me matriculé en Filología Clásica, porque, ya fuera con la peor o con la mejor de las metodologías me enamoré perdidamente de la literatura latina y griega.

Mis padres siempre fueron un consuelo, aunque conocía de sobra mi padre aquel poema de Ovidio: “¿Por qué te dedicas a una pasión inútil?/ Meónides no dejó ninguna riqueza”.

Habiéndome ya olvidado de Orberg en la facultad, me entregué con tal afán a “asuntos serios” es decir, filológicos, que llegué a pensar que algún día podría ser un buen profesor. Puesto que me producían pavor las páginas de cualquier libro latino o griego, ciertamente no las veías de otra manera a como Ixión contemplaba su rueda (en efecto para los estudiantes éstas eran sinónimo de tortura, sobre todo después de haberte pasado dos horas para traducir cinco líneas de Tácito o de Jenofonte), en el tiempo libre leía en español, en inglés, en alemán, en cualquier lengua menos en latín y en griego, las cuales eran mi obligación. En parte me gustaban, en parte las odiaba, pero nada de lo que yo sentía desentonaba con lo que hacían el resto de mis compañeros o de catedráticos de universidad. Unos devoraban la literatura inglesa, otros acudían a seminarios de autores alemanes, otros, aunque parezca sorprendente, estudiaban matemáticas (ellos lo llamaban “sintaxis”), otros manoseaban cualquier tipo de literatura sin valor alguno, pero nadie cultivaba las literaturas griegas y latinas ¿De dónde venía todo esto? De dos cosas: del escaso conocimiento de estas lenguas y por supuesto de su total falta de amor hacia las mismas.

Aunque hacía ya mucho tiempo que mi maestro Orberg se había ido de mi cabeza, sucedió que cuando estaba estudiando el máster de enseñanza del profesorado su nombre vino a mi mente una y otra vez como si fuese algo profético, hasta tal punto que en julio de 2015, ya libre de mis estudios, decidí abrir de nuevo aquel libro de pastas anaranjadas. Confieso que entonces ya no traducía, sino que escrupulosamente leí el libro en latín e hice todas las actividades. Mi vida cambió entonces. Enamorado del latín hasta no poder más pude leer a Cicerón, después a Erasmo, después Plauto, y así un largo etcétera. En la actualidad aún sigo enamorado con ese mismo amor que alimentaron en mí Carlos y Orberg.

Pero, ¿qué ha pasado quince años después de que Carlos publicara su artículo? No hay nadie que sienta que este movimiento fue empezado no solo por él, sino también después de haber vencido grandes dificultades por la asociación “cultura Clásica”, sin embargo hay que reconocer que su artículo impulsó y conmovió hasta tal punto el espíritu de algunas personas que se empezó a reflexionar seriamente sobre asuntos de didáctica entonces en boga en España. Se considera como la única innovación para la enseñanza la tecnología -como por ejemplo, conjugar los verbos latinos con ayuda del ordenador- y así hemos pasado veinte años de este siglo mientras la filología y la mayoría de profesores aconsejaban esto a sus mismos colegas. Tratar a los autores en clase en latín y contar fábulas, hacer visitas guiadas a museos, establecer un diálogo con los alumnos en latín o un intercambio de cartas con estudiantes de fuera de nuestro país, eso en la actualidad sigue sin considerarse innovación por los filólogos, sino otra cosa.

Transcurridos quince años han de hacerse muchas cosas todavía sobre todo en la universidad para que el latín y el griego se salven de verdad. A los latinistas y helenistas nos duele ver que en la universidad española para poder escribir artículos en latín o en griego sobre los propios autores antiguos haya que firmar en muchas ocasiones con un nombre falso para no ser señalado con el dedo por tus colegas, o que sea casi imposible o prácticamente un milagro escribir tesis doctorales en estos idiomas sobre la antigüedad (con muchas menos trabas es aceptada una tesis en [lengua quechua](#) que en latín, lo cual indica que esto puede hacerse sin dificultad porque algunos lo permiten). No es necesario decir las causas por las que esto sucede, ya que son más que evidentes para la gran mayoría, sin embargo creo que lo que sería más importante en estas circunstancias es que ayudáramos a los alumnos que se esfuerzan por seguir la tradición para que no desfallezcan en su intento y no permitan, como lo hicimos nosotros, que la literatura acabe pereciendo por nuestra falta de conocimientos.

Después de quince años las instituciones no han cambiado, pero en el corazón de muchos ha renacido el amor por la literatura. Daremos, pues, siempre las gracias a Carlos y a “Cultura Clásica”

porque han conseguido que profesores y alumnos amen nuestras lenguas antiguas, si bien -como decimos- no puede esperarse nada en este aspecto del aprendizaje del latín y el griego de parte de la universidad. Quieran los dioses que con el paso del tiempo más estudiantes sientan pasión por estas lenguas y que ninguno sea castigado por ello.

Raúl Navarro, vocal del [Collegium Latinitatis](#) y socio de Cultura Clásica.